



Mil y una maneras de leer

Alberto Ruy Sánchez



TABASCO
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

**Mil y una
maneras de leer**
Literatura contemporánea

2

VENTANA ABIERTA A LA PALABRA

CUADERNOS
DEL GRIJALVA

Primera edición: 2019

© Alberto Ruy Sánchez

© 2019, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-93-9

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Presentación

Una de las funciones sustantivas del quehacer cultural es propiciar el conocimiento de nuevos saberes que contribuyan acrecentar las perspectivas de identidad de la sociedad a través de sus diferentes manifestaciones, las cuales propicien la reflexión sobre las vicisitudes de nuestro tiempo y las diversas alternativas de comprensión por medio del diálogo.

Bajo esta premisa abrimos un espacio a la discusión del mundo de las ideas que categorizan a nuestra sociedad desde las locales hasta las globales, a través de un ciclo denominado “Ventana abierta a la palabra”, para propiciar el acercamiento de nuevos públicos con escritores y especialistas en diversas disciplinas académicas que contribuyan al enriquecimiento cultural.

Agradecemos el apoyo de la Secretaría de Cultura del Gobierno de México que a través de la Dirección General de Vinculación Cultural y el Programa de Apoyo para Instituciones Estatales de Cultura auspicia la impresión de este proyecto editorial.

Yolanda Osuna Huerta

**Mil y una
maneras de leer**
Literatura contemporánea

Alberto Ruy Sánchez

1. Leer tiempo

Desde niño me intrigaron los lenguajes secretos. Y siempre relacioné la lectura con la excitación por descubrir una clave, descifrar y entender algo que no era evidente. Mucho antes de conocer el alfabeto y las palabras escritas o impresas me asombró que mi madre pudiera saber si ya iba a caer la noche o si muy pronto iba a llegar mi padre a comer. Me di cuenta de que lo hacía mirando tan sólo a un misterioso objeto redondo que colgaba de la pared y hacía un ruidito de ratones corriendo. Tic tac tic tac. Ella leía el tiempo. Lo teníamos escrito en clave sobre esa rueda en el muro.

Me asombraba que mi abuela mirara a las nubes y supiera que iba a llover o que desde donde estábamos, en la Ciudad de México, estuviera segura de que había una tormenta allá muy lejos en una playa de Veracruz. Mirando al cielo en la noche sabía si los días siguientes iban a ser muy fríos y con viento. Leía las nubes. Y sabía diferenciar muchos tipos de ellas. Las leía como letras de agua en el cielo. Además, si necesitaba que un día no lloviera enterraba un cuchillo de cocina en la tierra de una maceta. Luego se alegraba de ver las nubes alejarse. Un día nublado era un día de lectura. Pero también podía leer en las nubes otra cosa que aprendí a nombrar: belleza. Además de decir cosas del clima en claves que yo no entendía y quería aprender a descifrar, las nubes invitaban a la contemplación. Mi abuela y mi madre me enseñaron a buscar en las nubes parecidos con animales o personas, a gozar su velocidad al pasar o su manera de hacerse y deshacerse ante mis ojos. Y muy especialmente a disfrutar algunos atardeceres encendidos.

Me gustaba ir con ellas muy temprano al mercado porque podían ver en los vegetales y otras viandas cosas que para mí eran misteriosas. Sabían si esas verduras habían sido cortadas hace mucho o si valían menos o más de lo que la vendedora pedía por ellas. Algunas veces hasta podían saber de dónde venían. Cuando les preguntaba cómo lo sabían me describieron los campos tropicales de dónde habían sido traídas las piñas y los mangos, muy diferentes a los desiertos de Sonora y Baja California, de donde venía la familia. Cada vez que me daban a probar una fruta nueva yo quería saber qué paisajes podían leer ellas detrás de sus sabores tan distintos. Las tunas y las chirimoyas, las cañas y el zapote negro, las naranjas y las manzanas desataban imágenes de geografías que iban creciendo en mí como anhelo de paisajes muy lejanos que sin embargo en un segundo se extendían hasta mi boca.

Me encantaban algunas de las conversaciones que mi abuela y mi madre tenían con las vendedoras. Y un día se sorprendieron cuando les pedí que preguntaran dónde estaban los animales en los que habían traído las verduras. Ahí delaté por primera vez que, mientras todos dormían en la casa yo estaba despierto y me asomaba a la ventana de madrugada para ver pasar las mulas cargadas de esas cajas de madera que luego supe que se llamaban guacales.

Lo he contado desde otro extremo de la historia en mi libro *Elogio del insomnio*. Yo pasaba un buen tiempo descifrando, leyendo los ruidos de la noche. Y aquel día de mi indiscreción fue el primero en el que, con enorme paciencia, me llevaron al corral que antes había en un rincón del mercado y donde reconocí a algunas de las mulas que pasaban frente a mi ventana, en la madrugada. Ya en el mercado yo le preguntaba al cuidador el nombre de cada una y si no lo sabían yo se lo ponía para tratar después de reconocerla por su trote en la madrugada. Leía mulas.

Había también una especie de secreto amoroso en el mercado que mi abuela y mi madre iban descifrando juntas en una muy sabrosa complicidad al mirar con antojo las cosas frescas que ese día aparecían a la venta en el mercado. Porque en ellas leían las delicias que nos iban a cocinar y nos iban a hacer muy felices ese mismo día o el fin de semana. Siempre me asombraba la transformación

de las cosas crudas y sin pelar en platos sorprendidos. Verduras como letras que describían sabrosura.

Después, ya con el plato en la mesa, mi padre gozaba tratando de leer en su guiso los ingredientes exactos y recónditos, las hierbas, las especias y la manera especial y secreta de prepararlas y volverlas explosivos placeres del paladar, del olfato y de la vista.

En todas las recetas incluían un ingrediente que no vendían en el mercado: tiempo. Tiempo de cocción, tiempo de horneado, tiempo de añadir cada ingrediente y el mejor tiempo, el de comerlo después de cocinarlo. Minutos como letras secretas de la madre y la abuela cocinando y haciéndonos gozar.

Ante mi creciente curiosidad por aprender a leer el tiempo, mi padre, que entonces trabajaba como ilustrador de libros, dibujó en cartón y diseñó una carátula de reloj con manecillas móviles de plástico, para que mi madre me enseñara a leer la hora.

Rápidamente fui iniciado al secreto de los relojes y todo el día me comía la impaciencia para que las horas pasaran rápido y yo pudiera ir leyendo en voz alta cada momento.

Aprendí que si esperas que corran, las horas van más lentas y al revés, cuando menos lo esperas el día entero ya ha pasado. El tiempo es de esas cosas que necesitas haberlas vivido para confirmar su existencia y su misterio. Porque si los relojes marcan un tiempo de todos, un tiempo compartido y medido en partes iguales, había otro tiempo que yo llevaba dentro y era impaciente o adormilado. Y ése no se podía leer sobre el muro. Era, aparentemente, un tiempo más secreto todavía. Estaba en mi cuerpo, era flexible y no todos lo vivían y leían igual. Y entonces me faltaban las palabras para nombrarlo y era un reto encontrarlas. Inventaba el tiempo de agua, el tiempo migaja, el tiempo con alas, el tiempo fantasma, el tiempo que corría con patas de ratón haciendo ruiditos constantes. El tiempo nunca era el mismo tiempo en cuanto me tocaba llevarlo dentro.

Pero en el otro tiempo, el de todos, el de los relojes, también había algo oculto o no dicho. Como en aquel cartón con manecillas donde aprendí a leer el tiempo me faltaba el ruido de los ratones, el tic tac, pregunté por ellos en el reloj sobre el muro. Mi

padre abrió el reloj para que yo viera su mecanismo. Los engranes me fascinaron pero más todavía el resorte en forma de espiral que se cargaba de una fuerza loca cuando dábamos cuerda al reloj y que luego los engranes iban controlado y dejando escapar muy poco a poco. A paso de rata. Aquel resorte comprimido era como mi tiempo dentro, mi impaciencia, que los engranes convertían en ritmo lento pero todavía tenso. Y así, con ese ritmo lo volvían tiempo de todos. Tic tac constante. Una tensión comunicaba al tiempo de dentro y al de afuera. Una tensión invisible.

Mi padre me enseñó que cada uno de esos ruidos ritmados significaba un segundo. Y que al leer cada posición de las manecillas, cada avance de ellas sobre las líneas que marcaban los minutos en la carátula del reloj, se leían también los segundos, sin necesidad de escribirlos ni decirlos. Los segundos dentro de los minutos dentro de las horas se leían como algo secreto dentro del secreto que yo estaba aprendiendo a descifrar, a leer. Me enseñaron también que en todo lo que leemos del mundo hay siempre algo más profundo que no se dice pero que siempre está ahí latiendo.

Aunque todavía no conocía las letras, leer el reloj y leer las cosas de la vida cotidiana que me rodeaban me enseñó que leer es siempre, por lo menos, leer dos niveles: el evidente y el implícito. Y que siempre hay un lenguaje más o menos secreto, tenso como resorte, dentro de todo lo que vemos y que parece claro y simple.

2. Leer rostros

Un día llegó a la casa un hermano de mi madre haciendo cosas muy extrañas. Gritaba. Su rostro estaba desfigurado y muy rojo. Mi madre trataba de calmarlo sin ningún éxito. Sólo yo me di cuenta de que bajo su aparente tranquilidad ella también se alteraba por la violencia inesperada del tío. En su cara noté un doble sentimiento: por un lado estaba muy afectada por aquello que el tío vivía como una injusticia mayúscula y una agresión. Por otra, en el fondo, había una alegría o más bien un gusto desmedido de verlo, estar juntos, de mirar el mundo desde el mismo ángulo aunque esta vez fuera para insubordinarse contra una injusticia.

Mucho tiempo después supe que la actitud mezclada de mi madre se llamaba solidaridad y también empatía. Ella, complementando con racionalidad la rabia irracional de su hermano. Como, hasta ese momento, yo sólo había conocido de aquel tío su rostro amable, la nueva cara se me quedó grabada como una carta que decía: está furioso, no te acerques. Es otro.

Mi madre, terminante y más dura conmigo que con su hermano, me habló fuerte y me envió a otro cuarto para que ellos pudieran hablar sin mi oído alerta. Me dolió pero aprendí que hay rudezas que nos tocan pero que en el fondo no tratan de hacerte daño personalmente. Las caras están llenas de mensajes que no son para uno. Leer caras es como leer cartas ajenas. Y eso despertó mi curiosidad.

Me asomé a una ventana que daba a la calle de Medellín, en la colonia Roma de la Ciudad de México, y me dediqué, mientras duró el encierro de los hermanos, a leer los rostros de todos los que pasaban frente a mi casa, camino al mercado que estaba muy cerca. Nunca antes me había dado cuenta de cuántas cosas tan diferentes lleva la gente escrita en la cara. Historias completas, seguramente, que pasaban frente a mí dejándome leer sólo partes sueltas, algunas letras, frases, exclamaciones.

Una mujer iba caminando de prisa con una bolsa vacía en una mano y en la otra, apretada, seguramente el dinero. Iba repitiendo en voz baja la lista de lo que tenía que comprar. Sin decírmelo, claro, me dejaba leer en su boca que era distraída y desmemoriada.

Un hombre lento y despreocupado fumaba mientras su mirada iba de contemplar la amenaza de lluvia a admirar de pronto muy fijamente a dos jovencitas risueñas que iban del otro lado de la calle. La clásica situación en la que mi abulela hubiera dicho: “¡Pero qué necesidad de hacer estos desfiguros, si podría ser su padre!” Al rato volvió a pasar de regreso la mujer que iba al mercado, la bolsa tan vacía como iba antes, pero ya nada en su mano. Y en el rostro, completamente transformado y enrojecido, los ojos llorosos. Me imaginé, o leí en ella, que había perdido el dinero. Supe después que un joven que salió corriendo se lo había arrebatado justo antes de entrar al puesto de flores. Cerca de mi ventana, se

detuvo a contárselo a dos chicas con las que se cruzó. Leí en el rostro de ella una verdadera preocupación. Y en el de la otra, frialdad y un gusto oculto. Ella confirmó mi lectura en cuanto afloró de su boca: “eso te pasa por tonta.”

Ya nunca un rostro me fue indiferente. Aprendí a leer en ellos los rencores de la gente, la reflexión y la tontería, la prepotencia y la crueldad. El rostro de un niño en la escuela me decía si era un “bully”, un abusivo violento o podíamos ser amigos. Si su padre le gritaba y lo obligaba “a ser hombrecito” o no llevaba esa lápida castrante en el vientre. Si podía mirarme a los ojos tranquilamente o necesitaba ser competitivo. Y si podía hablar con las niñas sin tener que golpearlas y decirles cosas horribles. En los maestros y maestras aprendí a leer ternura o frustración, a saber si el placer de enseñar era más grande que el placer de castigar.

La prensa está llena de rostros que dicen sin cesar mucho más de lo que quisieran decir sus portadores: piensen en los políticos que sonríen sardónicamente mientras le mienten al pueblo que los adora o los odia, en los criminales atrapados y golpeados que poco antes acibillaron familias y llevan brillando en los ojos el placer cruel y obscuro que los anima, en los ostentosos de mirada transparente que sonríen con beatitud a la cámara el día que inauguran una nueva joyería.

Tiempo después descubrí que en algunos pueblos de México se hacen bailes populares y rituales donde las personas llevan máscaras. Y que en ellas están escritas historias, anhelos, creencias y secretos. Son caras que expresan mitos y ritos. Muchas son rostros de personajes transgresores que una comunidad reconoce. Otras son brotes de todo lo que lleva el alma del danzante y quiere exorcizar o reivindicar: culebras, demonios, reptiles, fuegos. Cada máscara es un espejo profundo de quien la mira con horror o fascinada fijeza. Con frecuencia hay algo de animal en el enmascarado y algo sobrenatural y poderoso pero a la vez humilde y, sin querer, desbordado. En el fondo, muy en el fondo, como todas las caras que podemos leer alrededor nuestro.

3. Leer y trazar letras

No pasó mucho tiempo para que mi padre también me dibujara unas letras mayúsculas con sus minúsculas que mi madre con enorme paciencia apasionada me iba dejando volver mis juguetes y convertirlas en sonidos en mi boca.

Pero también, juntando varias de ellas se convertían en ideas en mi mente y, sobre todo, en algo añadido a las cosas de la vida, algo que las enriquecía. De pronto todo lo que había en mi mundo, cada cosa, tenía palabras que eran como sus sombras algunas veces y otras como su alma. Lo que me rodeaba se fue convirtiendo en algo más interesante y sustancioso.

Todo esto sucedió años antes de ir a la escuela. Cuando mis padres decidieron trasladarnos a vivir al desierto en la Baja California. Vivíamos en el extremo despoblado de un pueblo muy pequeño que se llamaba Villa Constitución, en el Valle de Santo Domingo. Muy al norte de La Paz. Ahí, alguien los convenció, creo que fue uno de mis tíos maternos, de que sería un buen negocio manejar el único restaurante de la zona. Aunque había un experimento agrícola, la concesión del único sitio para comer nunca dejó de ser un restaurante en medio del desierto. No había nada alrededor en varios kilómetros. Hasta para ir al baño había que cruzar la carretera, donde casi no pasaban vehículos y entrar a unas letrinas de madera con unos agujeros en una banca.

Evidentemente no había escuelas a la redonda. La capital del estado era el puerto de La Paz y estaba a doscientos diez kilómetros. Poco más de dos horas de viaje. Hacia el norte lo más cercano de mediano tamaño era el pueblo antiguo de San Miguel de Comondú que estaba a 135 kilómetros pero parte del viaje tenía que ser hecho por un camino muy dañado, lo que exigía como tres horas de desplazamiento. Y antes de que llegara el momento de tener que ponerme en una escuela ciudadana en La Paz, muy probablemente internado en pensión, mi madre fue mi maestra.

Poco a poco aprendí que la MESA de mi casa no sólo tenía cuatro patas sino también cuatro letras. Cuatro también mi CASA y mi CAMA, pero algunas de ellas distintas. Aprendí que todas las cosas que me rodeaban podían ser convertidas en letras y ser me-

tidas en sonidos dentro de mi boca. Y que hasta podía cantarlas si quería. Que podía poner esas letras en un papelito muy doblado y guardarlas en la bolsa o pintarlas en mi palma y llevarlas todo el día escondidas en un puño cerrado. Por lo menos hasta que me mandaran a lavarme las manos. Todas las letras son, de alguna forma, lenguajes secretos.

Cuando se las enseñaba a otros niños de mi edad no sabían qué les enseñaba. A la mayoría no les interesaba. Era como si les enseñara piedras sucias, me dijo uno. “Hay muchas por todas partes.” Hasta que un día cambié una de mis palabras por una pelota. Y otro día al hermano del mismo niño le cambié otra palabra por un carrito. Yo les dibujaba en la mano la palabra y les decía cómo decirla, cómo leerla. Les enseñé a mostrarle a sus padres qué sabían leerlas.

Un poco más tarde uno de ellos llegó llorando porque su madre lo había castigado por dejarse ensuciar las manos y abandonar sus juguetes. La madre llegó detrás del niño reclamándome a gritos la pelota. Entendí algo incipiente del poder de las palabras. Y descubrí el miedo o indiferencia que provocan en quienes no saben ver en ellas su fuerza.

Otro día, una niña del pueblo me ofreció un beso en la mejilla por dos palabras. Tenían que ser especiales para ella. Le pedí que me diera un día para preparárselas. Sin saber todo lo que implicaba, mi madre esa tarde me enseñó a escribir el nombre de mi amiga y también la palabra “bonita”. Se las di en un papel para que no la regañaran en casa por las manos “manchadas” de letras y le enseñé a decirlas.

Le brillaban los ojos de alegría y de complicidad traviesa. Ella insistió entonces en ponérselas en la mano y terminó también muy regañada. Nadie vino a reclamarme los dos besos que me dió. Eso ya fue nuestro secreto. Pero mientras yo escribía, sobre su piel iba creciendo una especie de pacto secreto entre nosotros. Fuimos muy amigos varios años, unidos por las letras que nos escribíamos en las manos. Qué leíamos llenándonos la boca.

Por alguna razón que yo no entendía completamente, cuando un niño quería ser amigo de una niña la agredía o hasta la gol-

peaba. Me gané la enemistad de muchos niños cultivando con las niñas esa complicidad de astucia e inteligencia que ellas me enseñaban a ejercer contra la burda violencia. Y más de una vez tuve que recurrir yo mismo a la violencia simplemente para que nos dejaran en paz.

Mi madre cuenta que un día tuvo que regañarme más que nunca porque con un trenecito de lámina casi degollé al niño más grande y obeso, que era el agresivo sistemático entre nosotros. Paco Jacobo se ensañaba especialmente con las niñas. Y nunca podía mirarlas a los ojos. Todavía de adulto seguía sin poder hacerlo.

Y aunque la madre del niño le confesó a la mía que le alegraba un poco que por fin alguien le pusiera un alto a su hijo, “cada vez más parecido a su padre”, él nunca dejó de ser el hombre insultante que admiraba a su padre sin reparos y admiraba a todos los que fueran como él, incluyendo a algunos líderes abusivos de su secta política. Detrás de todo militante político que necesita que su partido o líder le indique lo que es correcto pensar, y que admira a su líder o caudillo fielmente, se puede leer sin duda al niño abusado, al padre avasallante. Son letras claras que difícilmente se borran.

Yo aprendí, por la insistencia de mi madre a arrepentirme de haber sido tan violento ese día. Podría haberle hecho un daño en la cara, en los ojos. Y aprendí que no bastaba con tener razón y que ninguna idea de “hacer justicia” podría justificar de verdad mi desmesura. Cuento esta historia porque, lo que mi madre me sugirió en aquel momento fue hacer un esfuerzo por encontrar las palabras precisas, el humor inteligente y, más aún, la ironía que fueran más poderosas que cualquier golpe.

Cuidando además de que no fueran palabras violentas, sino todo lo contrario. Aquel niño, ya ahora viejo, todavía debe llevar sobre el cuello una pequeña cicatriz. Pero más profunda aún en mí y en mis amigas fue la manera en que poco después, con palabras, nos defendimos de su extrema agresividad.

La otra sensación que tengo todavía fresca es que la mayoría de los niños, y especialmente aquél, no querían o no podían leer en los gestos de las niñas y en sus palabras lo que ellas necesitaban

simplemente para aceptarlos como amigos. Eran analfabetos emocionales.

Yo pensaba, por las palabras de su madre, que el padre de aquel niño era extremadamente violento, que tal vez había pasado por la misma situación de niño y que mi vecino seguiría siendo violento. Y mal lector de su entorno. Leer el lenguaje secreto de las niñas, su fuerza, su reflexión acelerada, su delicadeza de pensamiento es uno más de los primeros retos de lectura que acechan en todas partes a todos los niños. Y especialmente en México.

Lo curioso para mí en aquellos tiempos es que las letras y las palabras estaban ya desde entonces del lado de la posibilidad de comprenderse entre hombres y mujeres mucho más allá de la idea de conquista. Ya no se diga de la posibilidad de violencia, incluyendo la que es muda o tácita. Las palabras desde entonces estaban para mí del lado de la amistad posible entre géneros y de la complicidad frente al mundo, en el mundo. Leer para leernos amistosamente, amorosamente. Para eso también y sobre todo entraron en mi vida las palabras.

4. Leer cuerpos hechos y desechos

Un día caí enfermo y un médico vino a la casa para examinarme. Anotó todo lo que me sucedía, la fiebre, el dolor, el tiempo que llevaba así. Y de pronto comenzó a leer mi estómago con sus manos. Casi me curé del asombro. ¿Qué alcanzaba a descifrar en mi vientre? ¿Cuáles eran las letras del lenguaje que le servía para averiguar qué me sucedía allá dentro? ¿Consternado?, adolorido, le pregunté ¿cómo le hacía para leer panzas? Se rió y me mostró dos cosas elementales. A tocar mi inflamación, a detectar los órganos internos principales. Le pidió a mi padre un tomo preciso de una enciclopedia y me mostró en una lámina antigua cómo es un vientre por dentro. El cuerpo comenzó desde entonces a parecerme una especie de código secreto, una clave que sólo los iniciados pueden entender.

“Vas a ser médico”, me dijo el doctor. Y me extrañó y hasta me incomodó su certeza. Yo no tenía idea de lo qué podría llegar

a querer ser de grande pero es evidente que ya desde entonces me interesaba más el lenguaje o los lenguajes variados del cuerpo que el oficio de médico.

Me di cuenta de que mi abuela también leía los cuerpos a su manera y, antes de llamar al doctor ella nos aplicaba yerbas, ungüentos, masajes, pócimas tomadas o aspiradas, todo basado en lo que ella veía en nosotros. Las inhalaciones de las hojas de poleo me resultaban excesivamente intensas pero terminaban por gustarme. Y para decidir si las necesitábamos ella escuchaba mis pulmones con un vaso al revés: leía las corrientes de aire que yo llevaba dentro.

Mi padre trabajaba entonces ilustrando libros y también hacía portadas de comics. Me acercaba a verlo por detrás y a la menor pregunta de mi parte me contaba con detalles toda la historia que ilustraba. Gozaba tanto esas historias que recuerdo vivamente cómo creció en mí el deseo de leer, de explorar dentro de los libros como mi padre lo había hecho. La semilla de la curiosidad con placer estaba sembrada. Poco después, tuve la fortuna de que los primeros libros infantiles que leí con la ayuda de mi madre habían sido ilustrados por mi padre. Varios me marcaron para siempre.

En uno de ellos, que se llamaba en español *La tragedia de Cabeza hueca Wilson*, un divertido detective amateur inventado por Mark Twain descubría a los culpables de un crimen porque era el único entonces que sabía encontrar y leer las huellas digitales o dactilares de las personas. Lo apasionante para mí en esa historia no era solamente conocer el descubrimiento de las huellas dactilares sino el hecho asombroso de que el cuerpo de cada persona lleva en los dedos una especie de letra distinta a todas las de los demás en el planeta. Que esa letra es sólo de uno. Que nacemos con ella escrita y que nunca cambia. Crece de tamaño con nosotros pero su dibujo en forma de laberinto es el mismo mientras tengamos vida. Que si le ponemos tinta y la apoyamos en un papel esa letra queda impresa como las de los libros. Y como si todo eso fuera poco, estaba también el secreto: las llevamos ahí, como si nada. Y las vamos dejando en todas las cosas que tocamos. Para leer nuestras letras dactilares sobre esas cosas es necesario poner encima

alguna sustancia que la vuelva visible. Ahora hay lectores electrónicos y, entre los más recientes descubrimientos, un aparato que lee no sólo el trazo, el diseño único de nuestras letras digitales sino además las comunidades de bacterias microscópicas que cada uno lleva en los dedos. Han descubierto que la tribu de bacterias que cada uno tenemos en la piel y especialmente en los dedos es muy distinta y permite identificarnos. De nuevo, un secreto dentro del secreto.

Han descubierto que en las antiquísimas tabletas de barro de Babilonia donde se inscribieron algunas de las primeras formas de letras de la humanidad que conservamos, existen de paso huellas digitales. Algunas puestas intencionalmente como firma de quien esgrafió en barro sus anotaciones. Otras, dejadas sin querer, como huella de los cuerpos que las tuvieron en sus manos. También han encontrado huellas dactilares antiguas en piezas de cerámica y en objetos guardados como ofrendas en las tumbas.

Algo emocionante de leer mis primeros libros con mi madre y con mi padre era que de cualquier tema o de cualquier palabra que llamara mi atención o despertara mis preguntas ellos sacaban más historias, generalmente de otros libros o de cosas que sabían. O conseguían que mi experiencia de descubrimiento y aprendizaje continuara por otros medios. Después de aquella lectura de Mark Twain sobre las huellas digitales me la pasé dejando mis huellas entintadas en cada papel donde había puesto un garabato y tratando de leer, con un poco de talco, las huellas de los demás sobre todas las cosas de la casa. Claro, era mi responsabilidad limpiar todo lo que yo iba ensuciando. Trataba, además, no sólo de identificar a las personas dueñas de las huellas sino armar las anécdotas de cómo y por qué esas huellas estaban ahí. Las letras dactilares, dejadas sin querer por todas partes, me contaban acciones, detrás de las cuales yo veía intenciones, uso del tiempo, afanes, miedos incluso, extravagancias.

Cuando había una cena de adultos en mi casa y yo tenía prohibido asistir, al día siguiente yo lanzaba mi búsqueda de huellas y llegaba a saber dónde se sentó cada persona. Averiguaba algunas otras cosas que deducía y otras más que imaginaba. Leyendo huellas podía ver lo que no se ve. Mejor aún, lo que no se debe ver.

Las letras del cuerpo me contaban historias. Leer era siempre el comienzo de una aventura que iba transformando mi vida cotidiana. Imaginarán fácilmente que cuando por fin entré a la escuela no fui muy feliz. Me aburría tremendamente en clase repitiendo, memorizando, haciendo cosas y ejercicios que me parecían absurdos y repetitivos. Y si por casualidad la maestra se daba cuenta de que yo ya sabía algo de lo que estaba enseñando, me ponía trabajo adicional que me impedía jugar con los otros niños. Por supervivencia me di cuenta de que tenía que esconder lo que sabía hacer porque la atención sobre mí se convertía en una especie de castigo de aislamiento. Y así, leer se volvió un secreto, mi secreto.

Cuando nos fuimos a vivir al desierto, como contaba, descubrí que la palabra desierto no es sinónimo de vacío. Ese desierto era un inmenso libro del tamaño del horizonte donde cada detalle contaba historias fascinantes, escenas que hacían explotar mi imaginación.

Mi padre me mostraba, entre las rocas, las pequeñas bolitas de caca de los animales. Tomaba una y podía saber si era de cabra o de venado, o de conejo. Y sabía si ese animal había pasado por ahí hace poco o ayer. Y hasta podía saber si había estado bebiendo y comiendo cerca o lejos de ahí. Al amanecer, los animales bebían las gotas de rocío de las hojas de los nopales, metiendo la lengua entre las espinas. Y varias horas después podíamos ver sus lengüetazos.

Muchos años después, en otro desierto africano, en el de Kenya, descubrir la caca totalmente blanca de las hienas, que todo lo devoran y son capaces de digerir huesos, fue una continuidad de aquellas primeras lecturas.

Cada planta del desierto tiene su historia y su comportamiento. En el desierto de Marruecos, el Sahara, donde no hay cactus, existen unos árboles, casi arbustos, que pertenecen a un tipo de plantas que los biólogos llaman devastadoras. Crecen donde hay poquísima agua y sus raíces son capaces de penetrar veinte metros. Ninguna otra planta crece a su alrededor. Ese árbol, el argano, es colonizado por los rebaños de cabras nómadas que se trepan en sus copas, comen sus hojas y comen un fruto de corteza muy dura que atesora una especie de almendra. De ella se produce el aceite

de argano en su forma cosmética y en su forma comestible. Descubrir las cabras sobre los árboles conmocionó todo lo que yo sabía sobre la lectura del desierto. Al dejar que esa sorpresa de lectura desértica penetrara en mi escritura transformándola, ella introdujo en mi vida la búsqueda sistemática de una poética del asombro. Que es clave de todo lo que escribo y está presente, tanto explícita como implícitamente en los libros que integran mi *Quinteto de Mogador*. *Leer es dejarse llevar por el asombro*.

5. Leer es escribir de otra manera

Escribir y leer son actividades paralelas y muchas veces coincidentes. Pero en el acto de la lectura, como en el de la escritura, palpita y brota ocasionalmente una naturaleza ritual.

Leo muy lentamente y con los labios llenos de los sabores de las palabras, como quien come tomándose todo el tiempo para hacerlo. Pero también como si algo adentro me fuera comiendo y me llenara de una tensión que sólo escapa luego en palabras, en frases escritas como si cantara. En páginas armadas como composiciones musicales.

Pero también leo el nombre de quien amo y lo pronuncio como trabajan algunos de esos artesanos mexicanos o marroquíes que pacientemente buscan la mejor forma para su obra y quieren sentirse orgullosos de lo que hicieron. Más orgullosos si ellos sienten que su pieza está cargada con una parte de su alma. Leo lentamente pero creando un tiempo alterno. Un instante pleno, extrañamente detenido. Leo dándole a cada frase todo el espacio y todo el tiempo. Como se prepara un fuego que prenderá en cualquier momento. ¿A qué se parece esta sensación de llevar algo expansivo dentro, algo que sólo fluye cuando poco a poco lleno una superficie de esas manchas que llamamos palabras? Cuando leo siento que dejo surgir en mí algo animal.

La otra mañana estuve frente a un jaguar en el maravilloso zoológico de Tuxtla, en Chiapas. Caminaba con pasos extrañamente graves y ligeros a la vez, de un lado al otro de la colina cercada que es su encierro. A diferencia de los otros animales, podía sentirse

la enorme tensión que animaba al jaguar. Cada paso, cada gesto era una como una amenaza. Daba la impresión de estar habitado por obsesiones: pensamientos o sueños que lo desbordaban, que iban a brotarle por la piel. De pronto se me quedó mirando desde los veinte metros que nos separaban y, casi volando, corrió hacia mí. Dió un salto enorme. Sin un rugido y mucho antes de que yo pudiera parpadear asustado, hizo temblar violentamente la malla de alambre que nos separaba. Me mostró sus garras largas y sus colmillos. Luego, como si nada, continuó su paseo explosivo alejándose de mí. Se me había cortado la respiración por un instante que me pareció infinito. Mi corazón latía mucho más rápido. Mi espalda fue recorrida por un escalofrío y luego, al verlo, se me erizaba la piel.

En un mundo invisible, pero no fantástico, donde sucede más de lo que se ve, mi corazón alterado era ya su presa. Me tenía latiendo al tiempo por él marcado. Me había cazado.

Tuve conciencia además de que, mucho antes de su ataque sorpresivo, este animal creaba un ámbito a su alrededor: un área invisible pero que podía ser percibida por mi piel, donde su tensión reinaba como bajo una cúpula precisa y cerrada. Como bajo un amplio capelo de cristal. Y ese ámbito era más grande que el espacio de su encierro. Yo había entrado ahí y percibía la extrema tensión de su cuerpo. Y dicen que ese ámbito que se siente, es creado por la presencia del jaguar en cualquier rincón de la selva. Que no se debe exclusivamente a su encierro.

Pensé que cuando leo me siento lleno de algo que me desborda. Como si fuera a explotar. Como uno de estos animales cautivos, que se mueven habitados por la volatilidad de sus sueños y por la tensión de sus deseos. Un escritor es a veces un animal que crea un espacio sensible a su alrededor, que no se ve pero que es perceptible para los iniciados: para los lectores que se dejan atrapar en el reino de lo invisible. Los que permiten que la poesía atrape su corazón y lo acelere al ritmo de las palabras contadas, de los asombros dichos ritualmente en un poema, como el trote y el salto devorador de un jaguar. Leer es crear y dejarse atrapar en un ámbito.

En un mito maya muy antiguo, unos guerreros acampaban en la selva y encendieron un fuego inmenso para protegerse. El jaguar

que los acechaba decidió atacarlos. Como no conocía el fuego, el jaguar quedó hipnotizado por él y en vez de ir sobre los hombres saltó sobre las llamas. La fuerza de su espíritu lo convirtió en un quetzal. Y voló esquivando el peligro. Pero ya para entonces estaba tan fascinado por eso tan desconocido y atrayente que dejó de ser ave y se convirtió en libélula enamorada. Y regresó al fuego. Dicen que en la unión con la llama, en su último instante, volvió a ser jaguar. Y sus manchas son las que siempre hacen crepitar al fuego. Que ahí está todavía, en el corazón cambiante de la llama. Y que devora ahí a quienes atrae y atrapa.

Leo como un jaguar prisionero o enamorado o listo para saltar sobre su presa. Comprendí por qué, en los bajorrelieves y las estelas mayas la piel de Jaguar simboliza siempre a fuerzas invisibles. Poderes especiales. Además de los poderosos y los guerreros, los únicos que son calificados por la presencia especial de esa piel manchada son los que escriben. En el mundo maya el que escribe participa del universo secreto y la fuerza invisible del jaguar. Una cualidad involuntaria que los escritores contemporáneos difícilmente alcanzamos.

Y como las mil sombras del jaguar en un cuerpo, yo siento que leo y releo por mil y una razones y sinrazones en movimiento. Buscando siempre esa composición armónica de lo vivo que podemos admirar en esa combinación de zonas claras y oscuras sobre la piel de un jaguar.

Esta es una lista parcial de las manchas que cubre una parte de mi piel de animal que escribe y lee.

Debo decir entonces que leo obsesivamente: sin disciplina pero sin parar. La obsesión me ayuda a sustituir lo que me falta de disciplina e inscribe mi oficio más cerca del reino del placer que del deber.

Leo como un artesano terco se concentra en su materia. Un ceramista que ve nacer entre sus manos formas que parecían haber estado esperando durante décadas entre sus dedos. Formas que, ya cuando estén alejadas de mí y sean tocadas por otros, me llevarán a tocar las manos de amigos –o enemigos- que aún no conozco.

Leo también como esos otros alfareros que plasman en los muros cuadros geométricos asombrosos en forma de mandalas, con

piezas muy distintas que forman un rompecabezas que es al mismo tiempo proyecto e invención: plan e improvisación rigurosa.

Como los artesanos de la orfebrería tengo que forjar mis propios instrumentos a la medida de mis manos.

Como las tejedoras, en hilos de colores caprichosos y significativos contaré mis sueños y mis mitos y los de quienes van conmigo en esta vida.

Y leo como el alfarero que entrega al horno el blando objeto de barro que surgió de sus dedos esperando que eso, el fuego, en última instancia incontrolable, lo mejore o por lo menos no lo destruya.

Leo para conocer, para explorar dimensiones de la realidad que sólo la literatura penetra.

Leo también para recordar.

Pero, no menos, leo para olvidar.

Leo para extender mi cuerpo, mis sentidos. Comprobar día a día la sensualidad del mundo.

Leo por placer.

Leo por deseo.

Leo por rabia.

Leo para señalar la falsificación de los íconos, el abuso de los poderes públicos.

Leo para ser odiado y ser amado: más aún, para ser deseado.

Leo para proponer nuevos ámbitos en este mundo.

Leo para provocar la aparición ritual de la Poesía.

Leo para bailar. Bailar es la otra escritura mágica del cuerpo.

Leo para dialogar con los muertos. Sobre todo, con mis muertos: vivos en su literatura, en su arte, en sus obras.

Leo para escuchar a los vivos.

Leo para ejercer el placer inmenso de comprender.

Leo para dibujar.

Leo para borrar.

Leo para sonreír con otras bocas en la mía.

Leo para ejercer la vitalidad de la lengua y del sexo.

Leo para seducir a mi amada, de nuevo y siempre otra vez, ganar su paraíso.

Leo para acercarme al fuego y dejarme tentar por su presencia.

Leo para viajar. Y mis pasos escriben con mis ojos: y adentro de mi cuerpo lo de afuera va dejando sus letras caprichosas. Las letras del asombro.

Leo para alcanzar eso que me rebasa. Aquello que está más allá y que en su unión me mejora.

Viajo de mil maneras cuando leo.

Y también leo para no moverme.

Leo para ir hacia adentro. De mí y de mi amada y de los rincones explorables de este mundo. Y para explorar en tu cuerpo, hasta el fondo, sus castillos concéntricos. Y perderme para siempre en ellos.

Leo sabiendo que hacerlo es una metáfora de amarte. Que haciéndolo te convoco, eres aparición ritual, no sólo recuerdo.

Leo en ti y contigo en la punta de la lengua.

Leo para desnudarme.

Leo para disfrazarme.

Leo para inventar un carnaval.

Leo cantando.

Leo para escapar a las limitaciones que nos impone el cronómetro compartido y entrar a ese otro tiempo dentro del tiempo.

Leo hasta cuando no leo. Y aún así busco, o sin buscar presencia, la aparición ritual de esa súbita existencia: la excepción que podemos o no llamar poesía.

6. Leer es tocar al mundo piel adentro

Cuando una mano duda

aquí

entre dos libros,

allá

estrellas paralelas

se apagan

y se encienden

indecisas.

Abres una página
y un volcán dormido
en otro continente
se despierta.
La cierras
y duerme el anciano
sabio
a la sombra del alminar
llevándose al olvido
el secreto
de la paz
entre las sectas.

Leer es activar
los ecos
del fondo
sin fin
de los espejos
del universo
de las sutiles
fugaces
inesperadas
correspondencias.

Aquí y allá
la noche
es piel adentro
y nuestras
constelaciones
brillan.

Una estrella fugaz
y de golpe olvido.
Otra, o la misma,
y recuerdo.

Un corazón se agita
y “la música del cuerpo”
se convierte en misteriosa armonía
de las estrellas.

Mi aliento se corta
ante la amada,
cuando la leo
con las manos,
con los ojos,
con la boca.

Cada cosa inventa
al asombro,
cuando amanece.

Letras nuevas nos pronuncian,
nos describen,
lentamente o de golpe,
de adentro hacia afuera.

Leer es sentir que tiembla.
Dejarse habitar
por la mano del mundo,
donde una intimidad inesperada
nos ata y nos lee
letra a letra.

Leer es renacer
en otro cuerpo
y otra vida.
Llevarla más allá
de sus fronteras.
Descubrir que somos más
de lo que el espejo nos dice.
Y menos también
porque todo se mueve,

todo ondula
y cristaliza.
Descubrir que somos muchos
habitando la misma sombra.
Que el cuerpo obscuro
de cada letra
puede llevarnos
de su sombra
al claroscuro
del asombro.

Que cuando me lees
miro por tus ojos
y tú por los míos.

Que cuando se cierra un libro,
lentamente,
todo en él escapa
y se multiplica.

Leer quema,
irrita,
enloquece,
ilumina.

Quien escribe invoca al fuego,
quien lee lo enciende.

allá adentro
alminar aquí
asombro
cuerpo
ecos cada
descubrir
fin
escribe estrellas
habitando golpe
inesperada
habitar inesperadas lee
leo
LEER
menos
lentamente
mano letra
mueva llevarla
misma música
volcán olvido ojos
tiembla multiplica
sombra



CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bepalova
Subsecretaria de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero



TABASCO
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Adán Augusto López Hernández
Gobernador del Estado de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento a la Lectura
y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura



Mil y una maneras de leer | *Literatura contemporánea*, se terminó de imprimir el 27 de diciembre de 2019. Impreso en Impresiónismo S. A. de C. V., Calle Doña Fidencia. Col. Centro. Villahermosa, Tabasco, México. Para su composición se utilizaron tipos Eb Garamond. El tiraje fue de 600 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de Luis Acopa y de la Dirección de Publicaciones y Literatura.

